

por ANTONIO MIRALLES MANRESA

SOBRE EL "JUICIO UNIVERSAL" DE G. PAPINI

Tal como está presentado al lector, salvo la introducción, en tono poético, de cada capítulo, podría el libro muy bien llamarse «Oficina de reclamaciones, en el cielo». En efecto, los diálogos que se establecen entre un Ángel, introductor de almas en la antesala del Supremo Tribunal, y cada uno de los que acuden a juicio, presuntos inculcados, entrañan un forcejeo, una humana discusión, en, en términos puramente humanos, como el humano intento, vivo aún en cada uno de los pecadores, de justificar sus actos y los derroteros de sus caminos, sobre la lejanísima Tierra, que no consiguieron aún olvidar.

Si este forcejeo se hubiese situado aquí abajo, latente aun la vida en los acabados cuerpos, su lógica podría ser claramente aprehendida. Porque es pura lógica humana. Una lógica que, después de la muerte, — gran puerta hacia la Verdad —, será sustituida por un razonar nuevo, casi imprevisible, tocado de la luz del conocimiento supremo.

«Sólo entonces, Señor, sabré como soy, como era.» (Kempis)

Sólo entonces, diríamos, como el Venerable Tomás de Kempis, podremos saber exactamente la verdad sobre nosotros mismos, la verdad acerca de nuestra vida. Y lo sabremos de una manera tan exacta, tan precisa, que en nuestras almas no cabrá más que sorpresa y adquiencia. Adquiencia, porque la sentencia la sentiremos justa e inapelable. Sorpresa, porque, por primera vez, nos veremos y sentiremos como nosotros mismos. Porque la comprensión del Decálogo nos será dada sin brumas, sin errores; porque en fin y por fin, sabremos.

En aquellos tiempos en los que la Tierra se consideraba centro del Universo la astrología obtuvo gran predicamento. Se creía que el Sol, en su eterno rodar en torno a ella, precisaba periódicos descansos que verificaba en doce lugares distintos y equidistantes. En doce etapas realizaba su circunvalación, cada una de las cuales terminaba en una casa del Sol. Las doce casas del Sol son, como ya se sabe, los doce signos del Zodíaco.

La Astrología, operando sobre este deseo del hombre de adivinar su futuro, fue construyendo una serie de Teorías, aceptadas con la más simplicita buena fe por gentes que, de una manera u otra, se sentían disconformes con los momentos históricos que atravesaron

Cuando Copérnico estableció que la Tierra no es el centro del Universo sino una íntima parte de él, los horóscopos sufrieron un rudo golpe. En efecto si la tierra depende de los astros y no los astros de la Tierra, ¿cómo pensar que los signos del Zodíaco, el Sol, la Luna y los Planetas se preocupan del hombre y de su quehacer influyéndole con sus auras, con sus signos fastos o perversos?

Los horóscopos sufrieron un rudo golpe pero persistieron. Ya en el año 1.524 Stoffer (maestro de Melanchton, conocido matemático y astrólogo, predijo para el mes de Febrero un nuevo Diluvio Universal basándose en que, en aquella fecha, iban a coincidir en el signo de Piscis los tres planetas Saturno Marte y Júpiter. El pánico indescriptible que se abatió por todo el mundo civilizado de entonces, con profusión de rogativas y penitencias y hasta con múltiples construcciones de barcos al estilo de la bíblica «arca de Noé» se enfrentó con un mes de Febrero en el que — rara avis — no cayó sobre Europa ni la más insignificante llovizna.

A pesar de todo los hombres han seguido buscando vaticinios, tratando de encontrar en las entrañas de las aves en la cera derritida en el plomo fundente en las rayas de la mano y en el lenguaje luminoso de las estrellas la respuesta de un futuro que nadie es capaz

de explicar con toda seguridad. Por pura coincidencia el famoso Nostradamus, astrólogo de Catalina de Médicis, en 1555 predijo hechos históricos tan relevantes como la imprevisible ejecución de Luis XVI y las triunfales actividades de Napoleón.

... Con etiquetas distintas se está sirviendo ahora la misma mercancía. No existen oráculos ni pitonisas ni augures como en pasados siglos de oscurantismo pero se ha encontrado la manera de satisfacer este anhelo explotando también, literariamente, la perplejidad que frente a su incógnita manifiesta el hombre de nuestra época, colocado en unas circunstancias sociales ante las cuales su espíritu se rebela.

... Quiero afirmar, en defensa de los sagrados derechos del individuo, que nada se sabe en concreto de lo que a cada uno de nosotros le puede ocurrir dentro de veinte años, dentro de diez años, o de diez días o dentro de una hora, porque el destino de cada uno no está en las estrellas ni en las rayas de la mano ni en la más inhumana estadística sino en nosotros mismos en lucha constante o en rendición constante o en alternativas de uno y otro sistema de pervivencia con una serie de fenómenos circundantes; éstos, quizá imposibles de eludir

Podemos construir hipótesis sobre lo que vendrá, los teorizantes de la historia que se está fraguando podrán acertar en amplios trazos la circunstancia que enmarcará nuestra vida futura, pero entiéndese bien que todos estos vaticinios operan sobre la masa; jamás podrán operar sobre el individuo. Ello sería tanto como negar postulados inmarcesibles de la Verdad Revelada. Nuestro porvenir individual es siempre una incógnita. Bautícese la astrología con los más diversos nombres, disfrácesela con el ropaje científicista de los tests psicológicos o de las teorías mendelianas, hágase lo que se quiera, los hechos de una manera más o menos clara, más o menos amplia, cuidarán de demostrar que el vaticinio de Stoffer sigue siendo un beneficioso ejemplo muy digno de tener en cuenta.

Papini no quiso nunca publicar esta obra, en la que había trabajado largos años, y de la que nunca se sintió satisfecho. Entre sus apuntes se encontraron dos títulos. «Juicio sobre los hombres» y «Juicio Universal» y cuartillas en dos grupos, como si inicialmente de dos obras se tratara; revelando de una manera clarísima las vacilaciones del autor a este respecto.

«Juicio Universal» podía y debía haber sido una gran

obra de imaginación. Pero ello suponía el atreverse a imaginar el pensar y sentir del Omnipotente, amparándose en la posibilidad que encierran las conocidas palabras bíblicas: «Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, a imagen de Dios lo creó.»

Pero de la pluma de Papini no salió atrevimiento ni imaginación.

Con el recurso de la antesala, fué hilvanando los diálogos entre un ángel y unos hombres, — siempre

hombres, jamás almas —, en el curso de los cuales perfila con precisión las características psicológicas de los distintos personajes que presenta, — unos reales, otros imaginarios —, sobre una inexistente plataforma, encrucijada entre la vida y la muerte.

Como «Juicio sobre los hombres», bien. Como «Juicio Universal», equivocada.

De vivir y haberse decidido a lanzarla al público, ¿qué título hubiese elegido el propio Papini?